EL TEATRO,

COLECCION DE OBRAS LIRICAS Y DRAMATICAS.

UN HOMBRE FATAL.

COMEDIA

EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN PROSA

DE

DON MANUEL GENARO Y RENTERO.

MADRID: 1873.

ALONSO GULLON, EDITOR.

CALLE DEL PEZ, 40 2.°

UN
NOMBRE FATAL

DON MANUEL CEBALLOS Y CENTENO

UN HOMBRE FATAL,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON MANUEL GENARO RENTERO.

Representada por primera vez con gran éxito en el TEATRO SALON ESLAVA, la noche del 8 de Mayo de 1873.

LIBRERIA DE GUESTA
CARRETAS 9 MADRID

MADRID
IMPRENTA DE S. LANDÁBURU, PLAZA DE LOS CARROS 2.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFIA (20 años.) .	Sras. D.ª Candelaria Carrion.
AMELIA (18) . .	« » Mercedes Garcia
DOÑA LAURA (50)	« » Maria Artiguez.
D. HOMOBONO (55)	Sres. D. José Mesejo.
MARIANO (25) . .	« » Francisco Lopez.
D. GASPAR. (50) .	« » Gabriel Galza.

La escena es en Madrid.=Epoca actual.

Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria-Dramática y Lirica titulada el Teatro de DON ALONSO GULLON son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada en casa de doña Laura. Puerta al foro, una á la derecha y dos á la izquierda. Entre las dos puertas de la izquierda una mesa con escribania y sobre ella un espejo de mano. A los costados de la mesa dos sillas; en una un sombrero de copa y en la otra un costurero. En el proscenio dos butacas y á la izquierda un velador con dos tazas.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA Y MARIANO.

Aparecen sentados tomando thé y disputando con calor. *Sofía* en a butaca y Mariano al otro lado del velador en una silla.

MAR. Eres una niña mal educada.
SOFIA. Y tú un déspota, un tirano.
MAR. Jamás creí que esas palabras salieran de tu boca.
SOFIA. Tú has dado lugar...
MAR. Yo?
SOFIA. Tú, si, que á fuerza de ridiculezes te vás poniendo inaguantable.
MAR. *(Con rabia contenida y levantándose.)* Está visto, no te sirven razones...
SOFIA. Muy bien, después de todo...
MAR. Después de todo me veré obligado á hacerte ver que soy el amo de mi casa.
SOFIA. ¿Y yo lo pongo en duda?
MAR. No, pero tus exigencias...
SOFIA. Son mas justas que tus ridiculos celos.
MAR. Sofía....tengamos la fiesta en paz.
SOFIA. Si, eso es, te pido una cosa justa, porque bien sabes que no tengo una joya que ponerme.
MAR. ¡Para qué las necesitas!
SOFIA. Para lo que todas
MAR. Tienes razon; para coquetear, para poner en

717792

berlina á los maridos, que son la carne de cañon de la sociedad.

SOFIA. (Levantándose.) Supongo que eso no lo dirás por mi.

MAR. Pues supones mal, porque todas sois cortadas por un patron.

SOFIA. (Sacando el pañuelo y llevándoselo á los ojos.) Eso es lo único que te faltaba....insultarme.

MAR. Me sobra la razon.

SOFIA. Buen medio para no complacerme.

MAR. Si tú no fueras...

SOFIA. ¿El qué? ¿El qué? Concluye.

MAR. Una mujer imprudente.

SOFIA. La imprudencia es tuya.

MAR. ¡Sofía! (Gritando.)

SOFIA. Eso es, pégame, que es lo único que te falta.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA LAURA.

LAU. ¡Qué es esto! ¿por qué gritais?

SOFIA. (Sollozando.) Nada, mamá, una tonteria.

MAR. (Esto solo me faltaba!)

LAU. (Acercándose á Sofía con cariño.) Cómo tonteria, y te están ahogando las lágrimas!

SOFIA. No, sino que....

LAU. ¡Hija de mi alma! (Volviéndose á Mariano.) Caballero, se porta usted.

MAR. Señora...ya ha oido usted á su hija que es una tonteria.

LAU. Que la hace llorar.

MAR. Sí, pero las lágrimas de las mujeres no son cosa de cuidado.

SOFIA. (¡Qué atrocidad!) Muchas gracias.

LAU. Eso no deja de ser una...

MAR. Una qué?

LAU. La palabra tenia que ser muy dura.

MAR. Pues si hubiera usted educado bien á su hija nos ahorrariamos todos...

LAU. ¡Caballero!

SOFIA. ¡Dios mio! ¡Dios mio! qué desgraciada soy! (Se dirije á la puerta de la derecha.)

LAU. ¿Adónde vás?

SOFIA. (Llorando.) Déjeme usted; no puedo estar aquí. (Vase por la derecha.)

ESCENA III.

DICHOS, menos SOFÍA.

LAU. Perfectamente, caballero

MAR. Si Sofia no fuera tan exigente....

LAU. Pobre hija mia!

MAR. Empeñada en que la compre un aderezo.

LAU. Porque lo necesita.

MAR. Para agradar á los demás si duda.

LAU. ¡Mariano!

MAN. Y usted era la primera que no debia consentir....

LAU. Está usted insultando á mi hija y no permito....

MAR. Digo la verdad.

LAU. Hemos concluido.

MAR. Sí, sí, es lo mejor. (¿Por qué no suprimirán las suegras de real órden?)

LAU. Cuando las personas desatinan, no se les debe oir.

MAR. Eso es decir que... (Me voy por no hacer una barbaridad.)

LAU. Es decir que no sé yo dónde está la mala educacion.

MAR. Señora... (Dá un paso hácia ella y se detiene.) que usted lo pase bien.
(Váse precipitadamente por la izquierda.)

ESCENA IV.

DOÑA LAURA.

Pobre Sofia! Casada con un hombre tan celoso, tan mezquino y tan ridículo; bastante tiene la infeliz! (Breve pausa.) Si á mi no me pasó nunca de los dientes. Pero ya se vé, las mujeres tienen tal prisa de casarse que creen se les vá á acabar el mundo, y....bien se lo dije.

ESCENA V.

DOÑA LAURA, DON HOMOBONO.

HOMOB. (Desde la puerta con el sombrero en la mano.) Dá usted permiso?

LAU. Adelante, amigo mio.

HOMOB. (Abanzando al proscenio.) A los piés de usted. Muy buenos dias. Cómo está usted? ¿Cómo vá ese valor?

LAU. Perfectamente, señor don Homobono, ¿y usted?

HOMOB. Yo, como siempre.

LAU. Tan ágil y tan bueno.

HOMOB. Si señora, muchas gracias. ¿Y cómo está la hermosa Sofía y el simpático don Marianito?

LAU. Bien, gracias. Tome usted asiento.

HOMOB. (Sentándose.) Muchas gracias, muchas gracias. (Laura se sienta.) Usted siempre tan fina, tan amable, tan buena

LAU. (Sonriendo.) Usted me favorece.

HOMOB. Oh! no señora, yo solo soy fiel apreciador de sus bellas cualidades.

LAU. Usted me confunde. (Qué talento tiene este hombre!)

HOMOB. ¿Y dónde está la bella parejita? En paseo tal vez?

LAU. No señor, están en casa; pero han tenido una reyerta....

HOMOB. ¿Qué me cuenta usted, señora?

LAU. (Con cómico sentimiento.) ¡Ay! Señor don Homobono!

HOMOB. Ay mi señora doña Laura! Esa exclamacion me ha llegado al alma. Cuénteme usted, cuénteme usted.

LAU. Quién lo habia de creer!

HOMOB. Es verdad, parece increible.

LAU. ¿Usted sabe...?

HOMOB. No señora. Pero cuando usted se afecta tanto, creo que la cosa es grave, y me afecto tambien.

LAU. Es usted muy amable y tiene muy buen corazon.

HOMOB. Señora, usted me confunde, me anonada, y me reduce á polvos de salvadera.

LAU. Como habrá sido la reyerta cuando mi hija...

HOMOB. Pobrecita!

LAU. Estaba hecha un rio...

HOMOB. (Interrumpiéndola.) ¡Qué dolor!

LAU. ¡De lágrimas, amigo mio!

HOMOB. ¡Qué lástima, qué lástima!

LAU. Yo he pasado un rato terrible.

HOMOB. Lo comprendo como si yo lo hubiera pasado. Y la póbre Sofía, tan sensible, tan buena, que todo le afecta! Verdad es que tiene á quien parecerse, porque usted es una sensitiva.

LAU. Repito á usted las gracias.

HOMOB. ¿Y qué ha pasado?

LAU. Señor don Homobono, mi yerno es un malvado.

HOMOB. Cómo! Habla usted formal?
(Se levantan los dos.)

LAU. Desgraciadamente.

HOMOB. Sepamos, que yo veré si soy la revalenta que cura ese quebranto.

LAU. Yo creo que Mariano tiene un quebradero de cabeza.

HOMOB. La debilidad humana; el demonio, señora, el demonio que nos tienta.

LAU. Ya tenia yo noticias de cierta bailarina...

HOMOB. ¡Una bailarina!

LAU. Si señor, con una bailarina del Teatro del Circo.

HOMOB. ¡Del Circo! Ay, señora, que lástima?

LAU. Y no contento Mariano con engañar á mi Sofía, la trata de un modo....

HOMOB. ¡Jesús! ¡Jesùs!

LAU. Y en todo la contraría y tiene celos hasta de su sombra.

HOMOB. El demonio, el demonio.

LAU. No sabe usted como la ha tratado porque le pidió un aderezo.

HOMOB. Seria un capricho, y por eso.....

LAU. No señor, que lo necesita como el comer.

HOMOB. Pero señora, no todos los maridos pueden dar á sus mujeres todo lo que necesitan.

LAU. Pues mire usted, mi difunto....

HOMOB. No lo dudo.

LAU. Porque era todo un hombre.

HOMOB. Y no habrá medio?

LAU. Cuando los hombres descarrilan, no hay guarda aguja que valga.

HOMOB. Sin embargo yo veré....

LAU, Usted? (Muy amable.)

HOMOB. Si tal. La felicidad de Sofía me interesa demasiado. Soy su mejor amigo, casi su padre, es decir...

LAU. Tiene usted razon, y se lo agradezco muchísimo.

HOMOB. Justamente, yo me pinto solo para estos lances. Hoy mismo, hace un cuarto de hora, he podido contener al vecino del segundo, ese militar...

LAU. Sí, lo conozco de vista.

HOMOB, Bello sugeto, pero parece que su hija...una muchacha lindisima, mejorando lo presente.

LAU. Muchas gracias. (Con coqueteria.)

HOMOB. La muchacha parece que tiene unos amores, el padre se opone, y á consecnencia de no sé qué cosa esta mañana, estaba don Gaspar furioso y si yo no llego y me interpongo en el asunto, no sé lo que hubiera sucedido.

LAU. ¿Consiguió usted?

HOMOB. Aplacarlo en tres minutos, y mire usted que estaba hecho un tigre.

LAU. Pues Dios quiera tenga usted igual suerte con mi hija y con mi yerno.

HOMOB. Indudablemente. Hablaré primero á Sofía....

LAU. La llamaré. (Acercándose á la puerta de la derecha. Sofía! niña!

HOMOB. Tal vez esté ocupada.

LAU. Voy á su cuarto. (Dando la mano á don Homobono.) Hasta después y muchas gracias.

HOMOB. No hay por qué darlas. ¡Pues no faltaba más! Eso y oro molido que fuera. Vaya usted con Dios. Que usted lo pase bien. Servidor de usted.

LAU. Hasta luego.

ESCENA VI.

DON HOMOBONO.

Pobre chica! Es verdademente digna de compasion, porque esas mujeres tan vaporosas y tan... (Breve pausa.) Yo no las puedo ver sin estremecerme y. (Santiguándose.) Jesús María y José! El demonio tentador que no nos deja.

ESCENA VII.

DICHO, SOFÍA,

SOFIA. (Sale por la derecha.) Buenos dias, don Homobono.

HOMOB. Muy buenos, hija mia ¿Que tál? Cómo te sientes? Cómo estás?

SOFIA. (Con tristeza.) Asi, así.

HOMOB. No te encuentras buena, palomita?

SOFIA. No del todo...(¡Dónde estará Mariano!)

HOMOB. ¡Válgame Dios mujer y qué á pecho tomas las cosas.

SOFIA. ¿Le ha dicho á usted, mamá?...

HOM. Si, hija mia, si, pero debes tener más calma. Tú que tienes tanto talento, tanta perspicacia, tanta...

SOFIA. Mil gracias; pero ya vé usted que eso llega al alma.

HOMOB. Ya lo creo, en tu inocencia, en tu candidez, eso es atroz.

SOFIA. Terrible.

HOMOB. Pero á los hombres es menester dispensarles ciertos pecadillos.

SOFIA. (Alarmada.) Cómo!

HOMOB. Si, Sofía; la educacion del hombre es muy libre y no todos pierden ciertas costumbres...

SOFIA. Pero yo no puedo acostumbrarme á perder mi paraiso.

HOMOB. Y no lo perderás.

SOFIA. ¡Dios lo quiera!

HOMOB. Yo estoy seguro que Mariano no se vuelve á acordar de la bailarina.

SOFIA. (Sorprendida.) ¡Qué dice usted!

HOMOB. Que ese es un pequeño trapicheo...

SOFIA. Dios mio! ¡conque me deja por otra!

HOMOB. No, mujer, si esa es una nube de verano, un chaparroncillo.

SOFIA. ¡Infame! libertino!

HOMOB. Cálmate, no llores.

SOFIA. Esta es la última de las iniquidades.

HOMOB. Si todo ello no ha pasado de un galanteo inocente.

SOFIA. (Muy afligida.) ¡Buenas inocencias nos dé Dios!

HOMOB. Un ramo de flores tirado desde el palco...

SOFIA. (Interrumpiéndole con esplosion.) ¡Tambien me pone en ridículo enamorándola en público.

HOMOB. No, si solo....

SOFIA. ¡Quién lo habia de creer! (Llorando.)

HOMOB. Vamos, malva rosita, sosiégate.

SOFIA. ¡Qué inícuos son los hombres!

HOMOB. No, mujer.

SOFIA. A todos les debian dar garrote.

HOMOB. Gracias, por la parte que me toca.

SOFIA. (Llorando.) Y aun es poco para lo que merecen.

HOMOB. (Acercándose á ella y cogiéndole una mano.) Calla, celosilla, ya sabes lo mucho que yo te quiero...

ESCENA VIII.

DICHOS, MARIANO, por el fondo.

MAR. (¡Qué veo!)

SOFIA. (A don Homobono.) Yo agradezco á usted mucho su cariño, pero...

MAR. (A este estafermo lo estrello.)

HOMOB. (A Sofía.) Y no debes dudar de él, y debes ser más razonable.

SOFIA. (Separándose de él y dirigiéndose á la puerta de la derecha.) Cómo me habia yo de imaginar que á los dos meses de casada...

HOMOB. Pero, muchacha...(Siguiéndola.)

SOFIA. Déjeme usted. (Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS SOFIA.

HOMOB. (Queriéndola seguir.) Oye, azucenita, escucha.

MAR. (Abanza al proscenio, coje violentamente de un brazo á don Homobono y lo trae al centro de la escena mirándolo con furor.) ¿A dónde vá usted, viejo petate?

HOMOB. ¡Señor don Mariano!

MAR. ¡Yo no me llamo Mariano, me llamo Lucifer!

HOMOB. (Queriendo desasirse.) Hombre, por las once mil vírgenes, que no soy de corcho.

MAR. Pero si de alcornoque.

HOMOB. (Rascándose el brazo.) Muchas gracias.

MAR. ¿Por qué seguía usted á mi mujer? Por qué lloraba? ¿De qué estaban ustedes hablando? Qué le decia usted? qué le contestaba ella? Vamos, conteste usted pronto.

HOMOB. (Sofocado)Espere usted, espere usted, que esas son muchas preguntas para un hombre solo.

MAR. (Con rabia contenida.) Advierto á usted que no tengo la virtud de la paciencia.

HOMOB. Está usted acalorado, amiguito.

MAR. Lo cual á usted no le importa.

HOMOB. Bien, más vale que la pegue usted conmigo, que no con su mujer.

MAR. ¡Con usted! (Este hombre no sabe lo que se dice.)

HOMOB. Si ella lloraba, si le llamaba á usted libertino é infame...

MAR. (Gritando.) ¡Tambien me insulta!

HOMOB. No señor! pero como sabe lo de la bailarina y su madre lo sabe tambien.

MAR. Pero qué bailarina ni qué niño muerto?

HOMOB. Eso llega al alma y bien sabe usted que á las mujeres cuando se les vá la lengua...

MAR. Debia hacérseles salchicha.

HOMOB. Una madre, siempre es una madre.

MAR. ¡Si no dice usted otra cosa!

HOMOB. Doña Laura dá la razon á su hija, y es muy natural, y si ha dicho que es usted un malvado...

MAR. Ha dicho una bestialidad!

HOMOB. Vaya, caridad con el prógimo..
MAR. Una suegra no es nuestro prógimo.
HOMOB. Bien, yo no lo sé, como soy célibe....
MAR. Afortunadamente para la sociedad.
HOMOB. Yo he tratado de calmarlas, y aunque están furiosas, por lo menos con Sofía he conseguido...
MAR. ¡Señor mio!
HOMOB. Quede usted con Dios, mal génio. Verá usted como muy pronto se convierte la casa en una balsa de aceite.
MAR. (Con ira contenida acompañándolo hasta la puerta.) Quién lo duda! Usted es lo mas á propósito... y tiene un tacto. (Irónico.)
HOMOB. Muchas gracias...
MAR. Es justicia.
HOMOB. (Ya está como una malva.) Hasta despues. (Vase por el fondo.)
MAR. Asi te diera el moquillo.

ESCENA X.

MARIANO.

Este hombre es tonto de la cabeza. (Se pasea muy incomodado.) Conque Sofía me insulta! Y se lo cuenta á este viejo...(Breve pausa.) Está visto; entre la madre y la hija me han puesto como un trapo. (Se oye grande estrépito en el fondo derecha.) ¿Qué es esto? ¿Si se habrá caido don Homobono por la escalera? Vaya, esto sería parte de consuelo. Es preciso tomar una determinacion para que este viejo...porque aunque es ridículo....me carga y.... (Suena dentro la campanilla muy fuerte.) ¡Aprieta! Con la cabeza! (Breve pausa.) Yo haré entender á todos que tengo los calzones.

ESCENA XI.

DICHO, Y AMELIA.

Mariano se dirije al fondo y al llegar á la puerta aparece Amelia despavorida. Viene de peinador y con el cabello suelto. Mariano se queda sorprendido al verla.

AMEL. Caballero, sálveme usted.
MAR. Señorita.... (Avanzando al proscenio.)

AMEL. Mi papá es un mónstruo.

MAR. (Buen principio.)

AMEL. El tigre del desierto es una inocente paloma comparado con el autor de mis dias.

MAR. (¡Bravo!)

AMEL. Yo he nacido con un corazon sensible y un alma poética. Desde muy pequeña hablaba con las flores, con los pájaros y con los arroyos.

MAR. En qué idioma?

AMEL. En el de los suspiros y las lágrimas. En ese idioma que solo comprenden las almas volcánicas y los corazones nacidos para el amor.

MAR. (Pues señor, hoy es dia aciago.)

AMEL. Yo soñé con un ángel, con ese bello ideal que acariciamos desde niños y que al abrir los ojos á este mundo engañador y prosáico buscamos con el afan del sediento, con el martirio del que duda y espera.

MAR. Bien, bien, señorita, al grano.

AMEL. Yo he encontrado ese bello ideal personificado en un teniente de coraceros, pero mi papá que ya no está en la edad de los impetus.....

MAR. ¿No entra por ubas?

AMEL. Se opone abiertamente á que el lazo de himeneo corone nuestras sienes de mirto y de rosa.

MAR. (Poesia bucólica!)

AMEL. Yo traté de burlar la vigilancia paterna, y á favor del portero, Mercurio de nuestros amores, podiamos cambiar nuestras almas, transcribiendo al papel un «Yo te amo» regado por nuestras lágrimas,

MAR. Al asunto y déjese usted de tanta prosa.

AMEL. Asi pasaban plácidos los dias cuando hoy estuvo mi padre encerrado con un amigo y... yo no sé lo que pasaria entre los dos, pero á poco de irse, mi papá se personó en mi tocador.

MAR. *Tableau*

AMEL. Y á las pocas palabras comprendi que una horrible tormenta rugia *cabe* su pecho.

MAR. En el estómago?

AMEL. En el corazon.

MAR. Ya.

AMEL. Me amenazó, me insultó, y yo...callar.

MAR. Muy bien hecho.

AMEL. Me dijo que nos espatriariamos, y yo....callar...Me intimó que le entregara las cartas de mi amante, y yo...

MAR. Callar.

AMEL. Sí; me dijo que provocaria un lance con el ángel de mis ensueños, y yo...callar.

MAR. (Bonita escena.)

AMEL. Entonces montó en cólera, se vino á mi con las manos crispadas y los ojos fuera de las órbitas y agarrando un arma contundente...

MAR. El baston tal vez?.

AMEL. Ay! nó! Que fué la estaca de la escoba.

MAR. Arma prosáica.

AMEL. Salió tras mí y aunque yo corria con la velocidad de la gacela perseguida...

MAR. Como que no es lo mismo correr que huir.

AMEL. Me alcanzó en la antesala, y descargó aquella arma terrible sobre mis débiles espaldas.

MAR. Y usted, callar.

AMEL. Dí un grito de dolor, y huí despavorida por las escaleras, entrándome en esta casa y poniéndome bajo su custodia.

MAR. ¿Y la ha visto á usted entrar?

AMEL. Creo, que no.

MAR. Porque si la ha visto...

AMEL. ¡Ay! desgraciados de todos!

MAR. ¡Cómo!

AMEL. Le mataria á usted.

MAR. ¡Caramba!

AMEL. Me mataria á mí y mataria á todos los de la casa.

MAR. ¿Pero, señorita, me ha venido usted á comprometer?

AMEL. Caballero, si usted no me ampara, solo me quedan dos recursos estremos; el suicidio...

MAR. ¡Sopla!

AMEL. O irme con mi amante.

MAR. (¡Pues no es corta de génio!)

AMEL. Pero mi pudor...
MAR. Es verdad. Se habia quedado en el tintero. (Suena dentro la campanilla muy fuerte.)
AMEL. ¡Ay! (Dá un grito.)
MAR. ¿Crée usted?...
AMEL. No tengo duda, es mi padre. Escóndame usted caballero.
MAR. Pero...
AMEL. Escóndame usted ó somos perdidos.
MAR. (¡Vaya un compromiso!)
AMEL. Pronto, pronto.
MAR. Entre usted aqui. (La entra en la segunda puerta izquierda, cerrando y guardándose la llave.)
AMEL. (Al entrar.) Oh! gracias!

ESCENA XII.

MARIANO.

Pues señor, hay dias desgraciados y hoy es uno de ellos. (Se pasea.) Mi mujer...don Homobono...mi suegra... (Campanilla dentro.) Pues no trae prisa que digamos.

ESCENA XIII.

DICHOS, DON GASPAR.

Don Gaspar viste leviton abrochado, gorro griego y trae debajo del brazo la estaca de la escoba.

GASP. Beso á usted...
MAR. Servidor. (Este es el papá armado de punta en escoba.)
GASP. Caballero...¿Dónde está mi hija?
MAR. ¿Quién es su hija de usted?
GASP. Una jóven de diez y ocho años, con ojos negros, bastante bella, en fin... mi retrato.
MAR. (¡Buen espantajo será!)
GASP. Usted la ha visto?
MAR. No señor.
GASP. (Mirando á todos lados.) Me ha parecido que entró en esta casa y yo tengo muy buen olfato.
MAR. Pues no sirve usted para perdiguero.
GASP. Yo le di un palo, y ya estoy arrepentido.

MAR. Ha sido una lástima!
GASP. Si señor, yo he debido darla treinta.
MAR. Pero hombre, usted cree que á la mujer...
GASP. Hay tres razones para pegarle á una mujer.
MAR. Tres razones?
GASP. Cuando dá motivo, para cuando lo dé y cuando á un hombre le dá la gana.
MAR. Con la última razon, basta.
GASP. Voy á buscarla por toda la vecindad, pero tenga usted entendido que si está aqui...
MAR. Qué?
GASP. Uno de los dos no verá el sol de mañana.
MAR. (¡Qué bruto!)
GASP. (Dándole la mano.) Por lo demás, yo soy muy fino, muy atento...
MAR. Se conoce.
GASP. Ahi está mi tarjeta...(Dándole una.)
MAR. Ahi está la mia. (Dándole otra.)
GASP. Amigos, sino me ha engañado usted, pero...
MAR. Está bien, quedo enterado.
GASP. Agur. (Váse por el fondo.)

ESCENA XIV.

MARIANO.

Ese bárbaro es capaz de cualquier cosa. (Se pasea.) No estoy muy tranquilo. (Se acerca á la puerta del cuarto donde ha encerrado á Amelia.) Es preciso que se vaya esta mujer. (Mirando á todos lados.) No hay nadie. (Mirando por el ojo de la llave.) Está sentada, con la cabeza apoyada entre las manos. Y es bastante linda. Voy á hacerla que salga.

LAU. (Dentro.)¿Quién es ese caballero que ha salido?
MAR. ¡Mi suegra! No sé qué hacer. (Se separa de la puerta.)

ESCENA XV.

MARIANO Y LAURA.

LAU. ¿Qué queria ese caballero?
MAR. (Turbado.) Buscaba...un perro de caza que se le habia estraviado.

LAU. (Es raro, le tiembla la voz.)

MAR. (Me voy, porque la turbacion me vá á descubrir.)

LAU. (Parece que habla solo.)

MAR. (Pero dejarla sola...y què remedio? Sea lo que Dios quierá.) (Váse por el fondo.)

ESCENA XVI.

LAURA.

¡Qué le pasará! ¡Estaba turbado! Luego ese caballero...Alguna cuestion de sus ridículos celos. Tal vez tenga un duelo. Si, si, eso debe ser.

AMEL. (Dentro del cuarto.) ¡Ay!

LAU. (Volviendo la cabeza sorprendida.) ¿Qué ¿Quién ha suspirado? (Se dirije al fondo.) Me parece que ha sido por aqui. Sofía! (Llamando.) No, no debe ser ella, porque...

AMEL. (Dentro.) ¡Ay Dios mio!

LAU. ¡Es voz de mujer! (Se acerca á la segunda puerta (izquierda.) Aqui me parece... (Empujando la puerta.) Está cerrada. (Mira por el ojo de la llave.) Una mujer jóven y bella. ¡Ah! infame Mariano, por eso era su turbacion! ¡Qué picardia! ¡Meter la querida dentro de la casa!

ESCENA XVII.

DOÑA LAURA, DON HOMOBONO.

HOMOB. ¡Oh mi señora doña Laura! Buscándola á usted por toda la casa para darle la buena noticia de que Sofía y Marianito están completamente apaciguados.

LAU. (Acercándose á don Homobono con misterio.) Amigo mio, esto es infame, inicuo...

HOMOB. (Sorprendido.) El qué?

LAU. Ya no cabe duda, mi yerno tiene una querida y la tiene aqui, dentro de mi casa.

HOMOB. ¿Se ha atrevido á tanto?

LAU. (Agarra de la mano á don Homobono y con aire de misterio le conduce á la segunda puerta izquierda.) Mire usted por ahí. (Señalando al ojo de la llave.)

HOMOB. (Mirando.) ¡Una mujer!
LAU. Jóven y guapa.
HOMOB. Tanto no puedo decir, porque tiene la cara oculta entre las manos. (Se separa de la puerta.)
LAU. ¡Ay! ¡Pobre hija mia!
HOMOB. ¡Si señora! ¡pobrecita!
LAU. ¡Desventurada!
HOMOB. ¡Infeliz!
LAU. Esa debe ser la bailarina. Y qué hacemos?
HOMOB. Eso digo yo.
LAU. Si mi hija lo sabe, se muere.
HOMOB. Si, si, se muere toda. (Muy afligido.)
LAU. Vamos á echarla.
HOMOB. Bien, pero no se sulfure usted.
LAU. No puede ser. (Empujando la puerta.) Está cerrada la puerta.
HOMOB. Otro contratiempo.
LAU. Señor don Homobono....Qué inicuos son los hombres!
HOMOB. (Compungido.) Tiene usted razon...muy malos.
LAU. Y no hay defensa, porque luchamos con armas desiguales.
HOMOB. Es verdad. El hombre tiene el derecho...
LAU. Oh! si fuera hombre!
HOMOB. Pues mire usted. Si yo fuera mujer....!
LAU. Tendria usted que cargar con el mochuelo, como nos pasa á todas.
HOMOB. (Compungido.) ¡Y que hay en el mundo cada pajarraco!
LAU. Ya sabré lo que debo hacer. Quédese usted aqui de centinela.
HOMOB. Bien, pero....
LAU. Yo pondré remedio. La casa vá á arder. (Vase por el foro.)

ESCENA XVIII.

DON HOMOBONO, despues SOFÍA.

HOMOB. ¡Jesús! ¡Jesús! Qué es lo que vá á pasar!
SOFIA. (Entrando.) (Tampoco está aquí.)
HOMOB. (Muy turbado y mirando constantemente á la segunda puerta izquierda.) Hola, chiquita. Qué le trae por aqui? (Estoy en ascuas.)

SOFIA. Buscaba á mamá!
HOMOB. ¿Tu mamá? Ahora mismo se ha marchado á su cuarto, anda, anda.
SOFIA. No....si es que....
HOMOB. Si, si; no te detengas...háblale de Mariano.... ó del aderezo...ó...anda, anda, pichona.
SOFIA. (Sorprendida.) ¿Qué le pasa á usted? (Parece que me quiere echar.)
HOMOB. Maldita bailarina!
SOFIA. ¿Por qué dice usted, maldita bailarina?
HOMOB. Yó? Nada. No he dicho tal cosa. (Muy apurado.)
SOFIA. Cómo no, si lo he oido!
HOMOB. Ah! si; la Piterí, la Nena...el Tato...
SOFIA. ¡Está usted loco! (Don Homobono no deja de volver la cabeza y mirar á la puerta segunda izquierda.)
SOFIA. ¿Pero á dónde mira usted tanto?
HOMOB. No miro, si es que padezco una afeccion nerviosa del hígado.
SOFIA. ¡Cuánto desatíno!
HOMOB. Y como ayer estuvo la luna en creciente....
SOFIA. Mira usted allí; (Señalando á la puerta.) á la puerta aquella. (Se dirije á ella.)
HOMOB. (Queriéndola detener.)Estás en un error. Ven acá!
SOFIA. Aparte usted. (Se acerca á la puerta y empuja.)
HOMOB. (¡San Nicodemus!)
SOFIA. Está cerrada.
HOMOB. Claro, si ahí no hay nadie.
SOFIA. (Mirando por la cerradura.) Una mujer!
HOMOB. (¡Válgame el primer dia de Noviembre.!)
SOFIA. Digame usted quién es esa mujer? Digamelo usted.
HOMOB. Qué sé yo...la cocinera...el ama de cria...
SOFIA. ¡Cómo el ama!
HOMOB. No, no, quiero decir, el gallego...
SOFIA. Cuánto embrollo!
HOMOB. (Qué apuro!)
SOFIA. Usted es cómplice de mi marido. Usted tendrá la llave.
HOMOB. Yo no; si Mariano tendrá ahí á esa mujer...
SOFIA. Para qué? conteste usted?
HOMOB. Qué sé yo...Para los efectos oportunos.
SOFIA. Déme usted la llave, cómplice de tantas iniquidades.

HOMOB. Por Dios, Sofía!
SOFIA. Démela usted, pronto.
HOMOB. No la tengo!
SOFIA. Pues bien, gritaré, escandalizaré.
HOMOB. No, no.
SOFIA. Acudiré á los tribunales, los acusaré á todos.....
HOMOB. Jesus!
SOFIA. Mi marido irá á presidio.
HOMOB ¡Santa Tecla!
SOFIA. Y á usted le ahorcarán.
HOMOB. Ay! *Santa María, Santa Deígénitrex.*
SOFIA. Para que no vuelva usted á ser tapadera de suripantas.
HOMOB. No hay quién me socorra!
SOFIA. Viejo libertino!
HOMOB. (Sálvese el que pueda.) (Váse corriendo por el foro izquierda.)

ESCENA XIX.

SOFIA, despues AMELIA.

SOFIA. (Golpeando la puerta.) Abra usted, le digo.
AMEL. (Dentro.) No puedo, está la llave echada.
SOFIA. (Corriendo desatinada por la escena.) Oh! mi marido ha tomado sus precauciones.....pero yo veré.....(Reparando en la primera puerta izquierda que tiene la llave puesta.) Ah! esta llave...Si, si, las cerraduras son iguales. (Quita la llave de la primera puerta y con ella abre la segunda.) Salga usted.
AMEL. (Saliendo.) ¿Qué me quiere usted? Quién es usted, señora?
SOFIA. ¿Qué quién soy? Una mujer ofendida y desdichada.
AMEL. (Queriéndola cojer una mano.) Ah! Somos hermanas en la desgracia.
SOFIA. Yo no quiero emparentar con usted. (Separándose de ella.)
AMEL. (Acercándose.) ¿Porqué ese desvio?
SOFIA. ¿Porqué está usted aqui? ¿Qué la trae á mi casa?
AMEL. Un amor desventurado.

SOFIA. ¡Señora! (Fuerte.)
AMEL. Ah! todos me rechazan! Todos arrojan en mi camino una espina acerada!
SOFIA. Su crímen! Su maldad!
AMEL. ¿Es un crímen amar?
SOFIA. ¿Se está usted burlando?
AMEL. Ah! no. Yo le amo....
SOFIA. Qué usted?...(Incomodada.)
AMEL. Si; como al rocio las flores, como el pajarillo á la enramada.
SOFIA. (¡Si tuviera un látigo!)
AMEL. En una mirada nos comprendimos, y en un suspiro se unieron nuestras almas!
SOFIA. ¡Esto es horroroso!
AMEL. ¿Pero porqué le disgusta á usted que yo le ame?
SOFIA. Porque su amante de usted es mi marido.
AMEL. Su marido!..Oh! eso no puede ser.
SOFIA. ¿Cómo que no?
AMEL. ¡Me engañaba, se mofaba de mi inocencia!
SOFIA. Si: pero usted bailando...
AMEL. Solo una noche, en el Real...
SOFIA. Y yo no consiento...
AMEL. Oh! Yo ignoraba...Soy la inocente tortolilla presa en las redes del astuto cazador.
SOFIA. Ya veo que mi marido se dedica á caza...de gangas.
AMEL. Pero, no soy culpable.
SOFIA. Venga usted.
AMEL. Señora...
SOFIA. Venga usted á mi cuarto que yo la haré salir de esta casa.
AMEL. Me resigno á mi desgracia. Oh! Cuánto sufro!
SOFIA. (Con imperio.) Vamos! (Váse por la derecha.)

ESCENA XX.

DOÑA LAURA, DON HOMOBONO, MARIANO.

La escena queda un momento sola. Por la puerta del fondo aparecen los tres personajes de esta escena disputando con calor.

LAU. ¡Es una infamia!
MAR. ¡Señora!

HOMOB. Doña Laura, por Dios!

LAU. Despues de traer el crimen y la vergüenza á esta casa, inventar este cúmulo de embrollos.

MAR. He dicho la verdad, y no tolero que se me desmienta.

HOMOB. Calma, don Marianito!

LAU. (Despues de mirar en la habitacion.) ¡Ya no está aquí! Se ha escapado!

HOMOB. ¿Por dónde?

MAR. (¡Pues yo tengo la llave en el bolsillo!)

LAU. Es claro; los criminales son los únicos que huyen.

MAR. Nada tengo que ver con ella.

HOMOB. Vamos, señora.

LAU. Falso y mil veces falso.

HOMOB. Pero señora, repare usted....

LAU. Nada reparo.

HOMOB. (A Mariano.) Entre usted en razon.

MAR. Imposible! (Dirijiéndose alternativamente al uno y otro.) Las pasiones humanas...el amor maternal....los jóvenes tienen que buscar alguna distraccion...

LAU. Pues que se distraigan con una mona. (Gritando.)

HOMOB. A las madre hay que disculparlas...

MAR. Pero no á las suegras.

LAU. Otro insulto mas.

HOMOB. Si lo dice por vengarse, (A Laura.)

MAR. Y me vengaré!

LAU. ¿De qué?

MAR. De tanta injusticia, de tanta estupidez.

ESCENA XXI.

DICHOS, Y DON GASPAR.

GASP. Ahora lo mato.

LAU. ¡Ay!

HOMOB. Qué?

MAR. Cómo?

GASP. (Abanzando al proscenio y dirigiéndose á Mariano.) Es usted un miserable...

MAR. ¡Caballero!

HOMOB. ¡Don Gaspar!
GASP. Y usted un mentecato!
LAU. (A Gaspar.) ¿Quién es usted?
GASP. Calle la vieja.
LAU. (¡Qué grosero!)
GASP. Tengo la evidencia de que aquí está mi hija.
HOMOB. (¡Ya son dos!)
LAU. La bailarina!
GASP. La mujer infame que deshonra mis canas.
MAR. Pero oiga usted una palabra.
LAU. (Señalando á Mariano.) Ahí tiene usted al seductor.
MAR. ¿Yo?
GASP. (Mirando con rabia á Mariano.) Conque esas tenemos señor don.. bellaco?
MAR. ¡Señor mio!
HOMOB. ¡Pero cómo ha de ser el señor, el amante de su hija, cuando el señor está casado?
GASP. (Furioso.) ¿Casado?
LAU. Sí señor, con mi hija.
HOMOB. No, no lo crea usted. (A Gaspar.)
LAU. ¿Cómo no?
GASP. Se me engaña.
MAR. (A Gaspar.) Hombre, no sea usted beduino.
GASP. Como se contradicen...
HOMOB. No tal, yo digo que don Mariano á quien aina es á bailarina.
GASP. ¿Otra?
LAU. Si señor, y con el atrevimento de tenerla aquí.
MAR. ¡Esto es atroz!
HOMOB. Pero...
GASP. Es inaudito.
MAR. Ya se me acaba la paciencia

ESCENA XXII.

DICHOS, SOFÍA.

SOFIA. (Por la derecha.) ¿Qué es esto?
GASP. La bailarina!
LAU. ¿Qué dice usted?
GASP. (Cogiendo de una mano á Sofía.) Venga usted acá, desgraciada!

SOFIA. ¡Caballero! ¿Qué intenta usted?
MAR. (Queriendo separar á Sofía de don Gaspar.) Deje usted á esa señora.
GASP. Bastante tiempo habrá andado suelta.
SOFIA. ¿Quién es este tio?
HOMOB. El padre de Amelia.
SOFIA. ¿La amante de mi marido?
GASP. ¡Su mujer!
MAR. (Gritando.) Si señor y ya estoy harto...
LAU. ¿Se atreve usted á levantar el gallo?
HOMOB. (Señalando.) Pero si el señor á quien ama, es á la bailarina.
MAR. Don Homobono ó don demonio!
SOFIA. (Llorando.) ¡Qué infamia!
HOMOB. No, me he equivocado, si digo á esta señora. (Señalando á doña Laura.)
LAU. ¡A mi!
SOFIA. ¡A mi madre!
GASP. Ni á su suegra respeta.
MAR. ¿Pero soy yo algun sultan?

ESCENA XXIII.

DICHOS, Y AMELIA.

GASP. (Al ver á su hija.) Mi hija!
AMEL. (Al ver á su padre.) ¡Mi padre!
LAU. (Se juntaron los bailarines!)
GASP. Cogiendo á su hija de un brazo y trayéndola al proscenio.) Ven, hija desnaturalizada. Mira aqui tu obra.
AMEL. (Bajando los ojos.) Papá, no lo he podido remediar.
LAU. (¡Y lo confiesa!)
MAR. Oigan ustedes una palabra.
GASP. Silencio.
HOMOB. Voy á ver si lo aclaro yo.
MAR. Calle usted.
GASP. Déjele usted que hable. (A Homobono.) Espliquese usted, pero claro.
HOMOB. Esta señora es la esposa del señor, (Por Mariano.) que, si ha insultado á su hija de usted...
GASP. Ha cometido una villania.
SOFIA. Caballero!

MAR. Respete usted á mi esposa, ó...
LAU. (A Mariano.) A esto ha dado usted lugar.
AMEL. ¿Pero qué es lo que pasa aqui?
HOMOB. Yo lo esplicaré.
MAR. Como hable usted una palabra...
GASP. Teme usted que se haga luz en este asunto! (A Mariano.)
LAU. Como que es criminal
SOFIA. (A Mariano.) Defiéndete.
AMEL. (Dios mio, cuánta prosa!)
HOMOB. ¡Pero si esta señorita ha estado hablando solamente media hora con D, Mariano.(Por Amelia)
SOFIA. ¡Media hora!
GASP. (A Mariano.) Le voy á romper á usted el alma.
MAR. Y yo voy á hacer una que suene.
LAU. ¡Qué escándalo!
AMEL. Soy inocente!
HOMOB. ¡Señor Don Gaspar!
GASP. Vaya usted al infiernol
SOFIA (Se sienta en una butaca y llora.) ¡Ay pobre de mi!
HOMOB. (A Sofía.) Pero, hija mia...
SOFIA. (De mal humor.) Dèjeme usted!
LAU. (Sentándose.) ¡Qué vergüenza!
HOMOB. (A Mariano.) Entre usted en razon.
MAR. Si me vuelve usted á dirigir la palabra se acuerda usted de mi.
AMEL. Qué martirio! (Sentàndose.)
HOMOB. (A Laura.) Pero señora...
LAU. (De mal humor.) No tengo gana de oir sandeces.
HOMOB. (A Amelia.) Señorita...
AMEL. Aparta, no provoques mi cólera. (Se han sentado todos menos don Homobono, el cual vá de unos á otros y le vuelven la espalda dándole un bufido.
HOMOB. Pero válgame Dios...unas personas tan finas...usted...tan bueno...y usted...señora... caballero...(Breve momento de pausa en la cual queda en medio de la escena.) Ustedes dispensen...yo lo hago...con la mejor intencion... por el bien de todos...(Queda mirando á todos lados y ninguno le contesta.) Vaya, me voy... siento mucho...á los piés de usted...servidor...(Ya en el fondo.) Repito que mi intencion...(¡Ay debo tener calentura!) (Váse.)

ESCENA XXIV.

DICHOS, ménos DON HOMOBONO.

Breve momento de pausa en que don Gaspar bufa, Mariano se remolina en la silla; Sofía llora; Amelia suspira y doña Laura se restrega las manos con rabia.

GASP. (Rayos y truenos!)
SOFIA. (¡Dios mio!)
MAR. (Hay que poner término á esta situacion!)
LAU. (Crie usted hijas para esto.)
AMEL. (¡Cuánto sufro!)
GASP. (A Mariano y levantándose.) Señor mio. Aqui no hay más medio que un duelo á muerte.
SOFIA. LAU. AMEL. Dios mio! (Se levantan.)
MAR. Me tiene usted á sus órdenes.
SOFIA. Mariano!
AMEL. Papá!
GASP. (A Mariano.) Usted es el amante de mi hija...
MAR. No hay tal...
AMEL. Qué desatino!
SOFIA. LAU. GASP. ¡Cómo!
MAR. Yo apenas conozco á esa señorita. Entró despavorida en esta casa pidiéndome amparo.
SOFIA. (Por Amelia.) ¿Pero no es usted la bailarina?
GASP. ¿Cómo bailarina?
MAR. Aqui ha habido un error. Esta señorita venia huyendo y yo la escondi á sus instancias.
SOFIA. Y don Homobono me dijo que era la bailarina.
LAU. Y á mi que era amante de mi yerno.
GASP. Y á mi que tuviera cuidado porque habia visto varias veces á su novio en la escalera.
AMEL. (A Sofía.) Pero usted me dijo que estaba casada con mi novio.
SOFIA. Yo hablaba de Mariano.
MAR. Y á mi me indispuso con ustedes.
LAU. ¡Qué hombre tan imbécil!
GASP. Pues ustedes dispensen. Yo creí..Vámos, hija mia.
AMEL. Pero...
GASP. No haré más uso de mi arma favorita. (Saludando.) Señor mio...señoras...
AMEL. (Dando la mano á las señoras.) Dispénseme usted el quid pro quo, el que ama solo tiene un destino. Sufrir y llorar.
SOFIA. LAU. A Dios!
MAR. (Buen viaje!) (Vánse por el fondo.)

ESCENA XXV.

DICHOS, MENOS AMELIA Y DON GASPAR.

MAR. ¿Han visto ustedes?

SOFIA. Perdóname, Mariano mio.

MAR. (Abrazándola.) Si, si, olvidémoslo todo.

LAU. Bien, ante todo la felicidad de Sofia.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, DON HOMOBONO.

Don Homobono aparece en la puerta del fondo con el sombrero en la mano sumamente turbado y habla balbuceante.

HOMOB. Señoras...

LAU. (Pues no tiene valor de presentarse!)

SOFIA. (Jesús qué hombre!)

MAR. (Me dá lastima!)

HOMOB. Yo...yo...yo...

LAU. (No sabe lo qué se dice.)

MAR. (Pobre hombre!) Pase usted, señor don Homobono.

HOMOB. (Abanzando con gran timidez.) Son ustedes muy buenos, muy finos, yo siento en el alma..... (A Sofia.) Sobre todo lo que tú has sufrido. Yo lo he hecho por tu bien y por...(Accionando le dà á Sofía un golpe con el sombrero, en la cara.)

SOFIA. ¡Me vá usted á dejar chata!

HOMOB. (Sofocado.) Ay! perdona Sofia....válgame Dios! (Se retira de Sofía andando de espaldas, pisa el vestido de doña Laura y lo rompe.)

LAU. Ya me ha hecho usted pedazos el traje.

HOMOB. Ha sido sin querer. Ustedes dispensen. (Al retirarse de doña Laura, empuja el velador tirando el servicio del thé.)

MAR. Ya se hizo todo pedazos.

HOMOB. (Recogiendo los cascos.) Ay! cuánto lo siento! No ví que estaba aquí... (Recoje los cascos y los echa en el sombrero de copa de Mariano.)

MAR. Mi sombrero nuevo! (Cojiendo el sombrero y arrojando los cascos en medio del escenario. El sombrero lo pone encima de la mesa.)

SOFIA. Parece loco.

HOMOB. (Cojiendo el sombrero.) Yo lo limpiaré. (Al levantar el sombrero le dá á la escribania, derriba el tintero derramando la tinta sobre la mesa.)

MAR. Ya se derramó la tinta.

LAU. Nos vá á destruir.

SOFIA. Está dado al diablo.

MAR. (Quitándole el sombrero.) Traiga usted acá.

HOMOB. ¡Ay qué sofocacion! Perdónenme ustedes. Yo limpiaré la mesa. (Saca el pañuelo blanco del bolsillo y limpia con él la tinta.)

SOFIA. Con el pañuelo.

LAU. Jesús!

HOMOB. No importa, no importa, luego lo lavaremos... Ahora...

MAR. Ahora se está usted quieto.

HOMOB. Bien, bien, lo que usted quiera.

MAR. Siéntese usted.

LAU. Si, que sinó, no vá á dejar titere sano.

HOMOB. Bien, bien!

MAR. (Cojiéndole de un brazo y trayéndolo al centro del proscenio.) No se mueva usted de allí.

SOFIA. Si, estese usted quieto.

HOMOB. A mi me vá á dar algo! Yo estoy muy malo! Estoy sudando. (Saca el pañuelo con que ha limpiado la tinta queriéndose limpiar el sudor, se lo pasa por la cara quedando ésta tiznada.)

LAU. Don Homobono! Já, já, já!

SOFIA. Ja, já, já!

MAR. Já, já, ja! Es chistoso!

HOMOB. (Mirándolos con ojos espantados.) ¿De qué se rien ustedes? Vaya, más vale así. Yo prefiero....

SOFIA. (Presentándole el espejo de mano.) Mire usted.

HOMOB. (Mirando el espejo con espanto.) ¿Y quién es este caballero?

SOFIA. ¡No se conoce!

MAR. Tal se ha puesto.

LAU. ¡Pobre señor!

HOMOB. Es verdad. Me he tiznado y...me voy...me voy á meter en cama, á llamar un médico. Que ustedes lo pasen bien; queden ustedes con Dios. (Dirijiéndose al público.) Señores.....

MAR. (Interrumpiéndole.) ¿Qué hace usted?

HOMOB. Me voy á despedir...

SOFIA. No, que nos silban.

LAU. Pobres de nosotros.

HOMOB. Mas...se pueden ofender...

LAU. No, calle usted.

SOFIA. (Tapándole la boca.) Nada.

MAR. (Haciendo lo mismo.) Nada.

SOFIA. (Al público.) Señores, una palmada, que lo vá á echar á perder.

PRECIO 4 REALES.